

y muestra su verdadero carácter. El papa Clemente X le beatificó el año de 1675 con mucha solemnidad y general aplauso de todos los pueblos.

NOTA.

« El cuerpo de san Juan de la Cruz está en el convento de los descalzos de Segovia. En Ubeda solo hay una porcion de él. »

SAN NICASIO, OBISPO Y MARTIR.

San Nicasio, reputado universalmente por una de las principales lumbreras de la Iglesia, de quien quiso Dios servirse para ilustrar á las Galias, floreció en los infelices tiempos en que varios enemigos de la religion de Jesucristo pasaban á sangre y fuego los mas antiguos y considerables pueblos de las provincias del Occidente. Aunque no convienen los escritores de las actas de este ilustre mártir de Jesucristo en el tiempo fijo de su promocion al obispado de Reims, la opinion mas verosímil le pone á fines del siglo IV y principios del V, cuando los Vándalos, los Suevos y los Alanos, despues de haber derrotado á los Francos, que guardaban los límites del Rin bajo la dominacion de los Romanos, se arrojaron ferozmente sobre las Galias, tomaron y quemaron las ciudades de Mayence, de Worms, Amiens, Arrás y otros muchos pueblos.

En esta desgraciadísima época, colocado en la cátedra de Reims san Nicasio, brillaba como luminosa antorcha sobre el candelero de la Iglesia por le justificacion de su conducta, por el ardor de su zelo, y por los muchos milagros con que Dios recomendaba su santidad; estando preparado por su parte á cuanto podia sobrevenir de aquellas implacables gentes. Habia exhortado á su pueblo con sus fre-

cuentes predicaciones, con sus paternales amonestaciones y con sus saludables consejos á que procurase por medio de su conversion sincera á Dios y fructuosa penitencia evitar el castigo con que le amenazaba la divina Justicia, justamente irritada por sus ofensas. Pero como habia en quella multitud de fieles varios espíritus altivos y rebeldes que rehusaban prestar oidos á la esforzada voz de su santo pastor, penetrado este del mas vivo dolor por su extraña resistencia, trató de poner en movimiento todos los arbitrios que le dictó su pastoral vigilancia, y de valerse de cuantos medios discurrió oportunos para dar mas fuerza á sus instrucciones. Gemia el santo en la presencia de Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias: pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo, y no perdonaba ayunos, mortificaciones, ni vigiliass, para que el Señor abriese los ojos de aquel ciego rebaño, por cuya salvacion estaba pronto á sacrificar su vida. Pero como supo, ó por revelacion divina, ó por unas prudentes conjeturas, que se acercaba la ruina de su pueblo, y que esta era inevitable, atendida la precipitada marcha de los bárbaros hácia la Galia Bélgica, persuadió á su rebaño la necesidad en que se hallaba de disponerse á recibir con toda humillacion y sumision á la mano de Dios, y con espíritu de verdadera penitencia, el azote severísimo con que el Señor iba muy presto á castigar sus delitos por el ministerio de sus enemigos.

Sucedió así con efecto, segun lo profetizó el santo; y cuando los Vándalos se presentaron delante de la ciudad para formar el sitio, Nicasio, en lugar de aprovecharse de una fácil retirada, como se lo aconsejaban, quiso permanecer con la parte de su rebaño que no podia huir, y con los que estaban destinados á la defensa del pueblo, á fin de trabajar á lo menos en la

salvacion de las almas que no podian librarse de la muerte, estando siempre dispuesto como buen pastor á rescatar la vida de la menor oveja á costa de la suya. Durante todo el tiempo del sitio, que el vigor de los sitiados prolongó bastante, el santo obispo, expuesto á todos los peligros como un simple soldado, no cesó de predicar la penitencia y la perfecta sumision á las disposiciones de Dios: exhortaba á todos á sufrir sin alteracion ni impaciencia los efectos de la adorable Providencia que los tenia reducidos á aquella penosa situacion, aprovechándose de las penalidades que padecian para la expiacion de sus culpas, y á preferir generosamente la muerte á una vida que no podia conservarse sin detrimento de la religion cristiana que profesaban. Las mismas exhortaciones les hacia su hermana Eutropia, levantadas las manos y los ojos al cielo, excitando á la plebe llena de fervor á que alcanzase la corona del martirio en ocasion tan oportuna por defensa de la fe.

Luego que se rindió la ciudad, y que los bárbaros, irritados de la valerosa resistencia que se les habia hecho, se negaron á toda compasion, salió el santo obispo de la iglesia, acompañado de su hermana y algunas otras personas que se refugiaron con él, á implorar la misericordia de Dios en aquel conflicto; y puesto en el atrio del templo, indicando con la mano silencio á las tropas, lleno de aquel zelo santo, y de aquella generosa valentía que constituye el carácter de los varones apostólicos, les habló en estos términos: *¿Porqué convertis en ira vuestras victorias contra las leyes de la humanidad, que dictan á los nobles triunfadores perdonar á los rendidos, y solo castigar á los rebeldes? Mirad este pueblo cristiano postrado á vuestra presencia esperando la remision de su delito. Cesad en la inhumanidad, arrepentios de vuestras crueldades, reconoced al verdadero Dios, que solo os tolera*

para correccion de los fieles sus hijos: temed su ira, no sea que se convierta en dispendio de vuestra eterna condenacion. Pero si no quereis perdonar á mis ovejas, ofrecedme á mi primero en sacrificio por ellas á la Majestad suprema.

Aunque un discurso tan conciso como nervioso parece que debia contener el furor de los invasores, como ellos no tenian ideas de humanidad, ni respetaban el carácter de las personas mas santas, se arrojaron ferozmente sobre el venerable prelado, y despues de una multitud de ultrajes, le cortaron la cabeza, repitiendo el santo al tiempo del sacrilego atentado aquellas expresiones del real Profeta: *vivificame, Señor, segun tu palabra.* Aparentaron los bárbaros querer perdonar á santa Eutropia, hermana de Nicasio, virgen consagrada á Dios en este estado; pero persuadiéndose la santa que la reservarian para violar su honor, y aun la fe, les hizo entender en un tono majestuoso, que ella estaba resuelta á sacrificar su vida antes que consentir en lo uno ni en lo otro; é irritados los bárbaros de su ardimiento, le dieron muerte con su inhumanidad acostumbrada, haciéndola participante, contra su perversa intencion, del mismo glorioso triunfo que alcanzó su santo hermano.

No tardó el cielo en tomar venganza del sacrilego atentado. Apenas lo habian ejecutado, cuando experimentaron los bárbaros una derrota terrible por medio de los ángeles que envió el Señor para castigo de su insolente atrevimiento; y oyeron en la iglesia un sonido formidable y espantoso, con lo que aterrados los invasores, huyeron con precipitacion á los montes, sin atreverse despues á volver á la ciudad. Sabido esto por los pocos ciudadanos fugitivos que se ocultaron en diferentes partes, habiendo observado la repeticion de luces celestiales, pasaron luego al pueblo, y dieron sepultura á los venerables cuerpos

de san Nicasio y santa Eutropia en el cementerio de la iglesia de San Agricola, donde Dios hizo conocer la santidad y la gloria del santo obispo por medio de los muchos prodigios que obró por su intercesion. En el siglo VIII ó IX un obispo de Noyon, que lo era tambien de Tournay, sacó una porcion considerable de las reliquias de san Nicasio, y las colocó en las iglesias de ambas ciudades; y el resto fué trasportado despues por Foulques, arzobispo de Reims, á la iglesia de Nuestra Señora. Pero habiéndose pegado fuego á la catedral de Tournay, salvó la reliquia del santo un sacerdote, y la llevó á Reims, donde colocada con las demás, se le tributa el culto y veneracion correspondiente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandria, san Heron, san Arsenio, san Isidoro y el niño Dióscoro. El juez, haciendo atormentar á los tres primeros de diferentes maneras durante la persecucion de Decio, y hallándolos animados de la misma constancia, mandó arrojarlos á las llamas; pero Dióscoro, despues de haber sido varias veces azotado, fué soltado por divina permision para consuelo de los fieles.

En Antioquia, la fiesta de san Druso, san Zósimo y san Teodoro, mártires.

El mismo dia, el martirio de san Justo y de san Abondo, quienes, bajo el emperador Numeriano y el presidente Olibrio, fueron arrojados al fuego; pero habiendo salido sin lesion, fueron pasados á cuchillo.

En Reims, el suplicio de san Nicasio, obispo, de su hermana santa Eutropia, virgen, y de sus compañeros, mártires, los que fueron inmolados por unos bárbaros enemigos de la Iglesia.

En la isla de Chipre, la fiesta de san Espiridion, obispo, uno de los confesores que Galero Maximiano

condenó á las minas, despues de haberles hecho arrancar el ojo derecho y cortar el jarrete izquierdo. Este santo fué célebre por el don de profecía y lo estupendo de sus milagros; y en el concilio de Nicea, convenció y convirtió á la fe á un filósofo que prorumpia en insultos contra la religion cristiana.

En Bérgamo, san Viador, obispo y confesor.

En Pavía, san Pompeyo, obispo.

En Nápoles en Campania, san Agnelo, abad, célebre por el don de milagros, quien, estando sitiada la ciudad, la libró muchas veces de los enemigos con el estandarte de la cruz.

En Milan, san Matroniano, eremita.

En Viena del Delfinado, san Lupicino, obispo.

En Ploudiry en la Baja Bretaña, san Eguinero, martirizado con santa Píala, su hermana, y otros muchos.

En Poitiers, san Fortunato, obispo, célebre por sus escritos.

En Ascalon en la Palestina, los santos mártires Areso, Promo y Elias, el primero de los cuales fué quemado, los otros dos degollados.

En Antioquia, santa Drosida, quemada por Jesucristo, celebrada por san Crisóstomo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui sanctum Joannem, confessorem tuum, perfectæ sui abnegationis et crucis amatorem eximium effecisti: concede, ut ejus imitationi jugiter inherentes, gloriam assequamur æternam. Per Dominum nostrum...

O Dios, que hiciste á san Juan, tu confesor, uno de los mayores amantes de la cruz y de la perfecta abnegacion de sí mismo: concédenos que, imitándole sin cesar, consigamos como él la gloria eterna. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 31 de la Sabiduria.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha. y que no

non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.

corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Aunque las palabras de esta epístola convienen » particularmente á los santos que Dios hizo nacer ó » vivir entre las riquezas, la Iglesia no obstante no » deja de aplicarlas á los santos que vivieron en una » extrema pobreza, por quanto se sabe que la prefirieron á todos los tesoros del mundo, sacrificando » á Jesucristo hasta su esperanza y sus deseos ».

REFLEXIONES.

Dichoso aquel que no corrió tras el oro. ¿Qué pocas gentes hay en el mundo que estén exentas de esta flaqueza! El resplandor de las riquezas da en los ojos de los hombres, y los deslumbra. En cualquiera estado que se esté, se quiere hacer fortuna. ¿Quién hay que se contente con la condicion en que ha nacido? No hay uno cuya condicion no sea inferior á sus deseos y á su ambicion. Si se ha subido un escalon, no se busca sino cómo dar el segundo paso: si se está mas arriba, la inquietud y la impaciencia se reducen á ver cómo se ha de perder de vista la oscuridad del nacimiento; jamás se mira de dónde se viene, sino adónde se desea llegar. Sea un hombre bastante feliz,

ó digámoslo mejor, sea bastante hábil para adelantarse; ¿está jamás contento con su fortuna? La ambicion crece con los años. Quanto mas elevada está una persona, mas camino descubre para andar; se dan hartos pasos en falso cuando se quiere ir tan apriesa. ¿Se ha subido mas arriba? ¿á cuántas gentes se les va la cabeza? La caída de los que están mas adelantados, y que subieron mas, no hace mas cuerdos, á los que trepan todavia por subir. Siempre creemos que seremos mas felices que los que nos parece haber sido menos hábiles. Cada dia se hacen nuevos esfuerzos para adelantarse. Esta idea de fortuna es una especie de fantasma que engaña y embelesa. El deseo de hacer fortuna es una especie de encanto. Por mas que nos espanten y nos aturdan las revoluciones que vemos suceder, estas caidas no quitan ni deshacen el embeleso. Nos lisonjeamos siempre que nos aprovecharemos de las desgracias ajenas, que seremos mas cautos, mas pródigos, que tomaremos mejores medidas. Doblamos nuestros cuidados, nuestros desvelos, nuestros artificios, á medida que sentimos crecer nuestros deseos de fortuna y de conveniencia. Corremos en busca de esta quimérica felicidad. La fortuna, semejante á aquellas exhalaciones que huyen de los que van en su seguimiento, no deja de verlos precipitar en algunos atolladeros. Asi se burla la Providencia de esos idólatras de la fortuna y de todos los que corren tras el oro. Un hombre cuerdo se contenta con su fortuna mediana. Es una gran debilidad no contentarnos jamás con la condicion en que Dios nos ha puesto; si tenemos ansia, sea por una fortuna mejor que todas las de acá abajo, sea por una fortuna que vale infinitamente mas de lo que cuesta. Tengamos una santa ambicion de ser cada dia mas virtuosos. La salvacion, la santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano. Solo Dios puede con-

tentar á una alma, de la que es el soberano bien y el último fin. Amar á Dios, servir á Dios, agradar á Dios, esta es la sola fortuna que tenemos que haccr. No hay que temer ni envidiosos ni rivales en el servicio de Dios.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Sint lumi vestri præcincti, et lucernæ arden- tes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectan- tibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que, cuando venga el señor, los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familias supiera á qué hora vendría el ladron, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

DE LOS PESARES QUE TENDRÁ UN CONDENADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuáles serán los pesares de una alma que ve en el infierno que ha perdido á Dios. que le ha

perdido por su culpa, que le ha perdido por nada, y que le ha perdido para siempre. ¡Qué pesares, qué rabia, qué arrepenimientos inútiles, qué desesperacion no debe causar á una alma condenada esta triste verdad! ; Yo he perdido á Dios, y con esto lo he perdido todo, pues he perdido la fuente de todo bien! He perdido á Dios; á este Dios para el cual únicamente fui criada; á este Dios, que es mi soberana felicidad, mi último fin; á este Dios, el mas amable de todos los padres, el mas magnifico de todos los reyes, el mas dulce y mas liberal de todos los señores; he perdido á este Dios, es decir, que este tierno padre me aborrece con un odio infinito, y no me mira sino como á un vasallo rebelde. Este Señor bueno y caritativo no quiere reconocermc mas por su discípulo; ya no me trata como padre, ni como señor, sino como soberano juez; ya no me mira sino como un objeto execrable á sus ojos, y condenado por toda la eternidad á los mas espantosos tormentos. Por mas que reunamos en nuestro entendimiento todos los términos, todas las expresiones, todo lo que la fe y la razon nos pueden sugerir, no comprenderemos jamás la infelicidad que es perder á Dios. Seria necesario poder comprender lo que es Dios, para comprender la pérdida y la infelicidad que es perderle, y perderle para siempre. Este es un mal que trae todos los males, y priva de todos los bienes; es un mal eterno, pues no hay remedio para él; y ninguna cosa debe ni puede jamás disminuirle, ni hacerle cesar. El sol se oscurecerá, los astros dejarán de lucir sobre la tierra; el cielo pasará; mil millones, cien mil millones de siglos habrán pasado, y el condenado será siempre el objeto de la execracion y del furor de Dios; y el condenado no habrá visto disminuirse, ni tendrá esperanza de ver disminuirse jamás sus penas. ; O Dios mio, y se tiene por nada el perderos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que lo que hace todavía mas amargo el terrible pesar que causa la pérdida eterna de un Dios, es la vista de la nada de todo lo que nos le ha hecho perder. Cuando por ganar todo el universo, y cien mil mundos, se hubiera perdido á Dios para siempre, la pérdida no seria menos terrible, ni menos irreparable. Pero cuando se piensa (y se pensará necesariamente por toda la eternidad, aunque no se quiera), cuando se piensa que se ha perdido á Dios por bagatelas, por nada, por satisfacer una brutal pasión que ha sido seguida de tantos despechos, por correr detrás de un humo, de una sombra, de un fuego fatuo, de una quimera, porque no solo en el infierno se descubre este vacío, esta fantasma, esta nada de las honras, de los deleites, y de todo lo que en el mundo se llama fortuna, el mismo juicio se hace tambien de todo esto en esta vida en aquellos intervalos de razon y de religion en que la pasión calla, y sobre todo en la hora de la muerte, en que se juzga tan sanamente de todas las cosas. Comprende, si puedes, la impresión que hace sobre una alma este pensamiento, este juicio, este pesar. ¡Que indignación contra tí mismo! ¡qué despecho, qué rabia haber sido tan insensato, tan enemigo de tu propio interés, haber sido fatuo hasta el extremo de haber perdido á Dios para siempre! ¡Por unas nada que pasaron como sueños, *pro nihilo*, dice el Profeta, haber perdido á Dios, y con él una felicidad eterna, un paraíso, una gloria sin fin! ¡O Dios, qué pesar este! Pero lo que pone el sello, y lo que es el colmo de la rabia y de la desesperación, es ver que se ha perdido todo esto únicamente por su culpa. Si Dios me hubiera puesto en la fatal, en la cruel necesidad de condenarme, si me hubiera reprobado por su gusto, si no

hubiera muerto por mí, si me hubiera negado su gracia, mi desventura seria infinita; pero en este caso tendria yo un pesar menos: mas que Jesucristo haya dado toda su sangre por mí, que haya hecho tanto por mi salvación como por la de los predestinados, que no me haya negado ni las gracias, ni los medios para salvarme, y que yo no haya perdido á mi Dios, sino porque se me ha antojado, sino por mi culpa; concibe, si es posible, lo agudo y lo amargo de este cruel pesar. Haced, Señor, que yo sienta todo el rigor de este pesar; y ahora que todavía estoy en estado de hacer que me sea útil, haced que pierda todo lo que tengo, riquezas, honras, placeres, salud, la misma vida, antes que os pierda para siempre.

JACULATORIAS.

Quis nos separabit à charitate Christi? Rom. 8.

¿Quién me separará jamás del amor de Jesucristo?

Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque creatura poterit nos separare à charitate Christi. Ibid.

Estoy seguro, Dios mio, que ni la muerte, ni la vida, ni cuanto hay en el mundo, me podrá separar del amor de Jesucristo.

PROPOSITOS.

1. Propon no ofender jamás á Dios, ni dejar de amarle por cosa alguna del mundo. Pídele que te confirme en este propósito, y que le haga eficaz. En todas las tentaciones, y en todos los eventos de la vida, dí sin cesar: Confío en la misericordia de mi Dios, que con la ayuda de su gracia ninguna cosa será jamás capaz de separarme de su amor. Renueva muchas veces al dia esta resolución, y dile á menudo, que estás pronto á sacrificarlo todo antes que

incurrir en su desgracia. En todos los lances en que concurrieren tus ventajas temporales y tu conciencia, ponte delante la consecuencia de la pérdida de un Dios, y coteja con ella la de ese interés temporal, y no te será difícil concluir á quién se debe la preferencia.

2. Acuérdate que se pierde á Dios para siempre por un solo pecado mortal, cuando se muere en este pecado. Trae frecuentemente á la memoria, y repasa esta terrible verdad, y haz que halle lugar en todos tus negocios y en toda tu conducta: todos tus temores deben reducirse á la triste aprehension de morir en pecado mortal. No te contentes con tener horror al pecado, tenle á cuanto puede ser ocasion de cometerle; y en todos los accidentes adversos de la vida, en la pérdida de un pleito, de la hacienda, de la salud, del favor de los grandes, consuélate con este pensamiento tan sólido y tan verdadero: Con tal que no pierda á Dios, nada importa que pierda todo lo demás; con tal que yo posea á Dios, lo he ganado todo.

DIA QUINCE.

LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

La octava de una fiesta no es otra cosa que el intervalo de aquellos ocho dias seguidos que emplea la Iglesia en celebrar la fiesta de algun santo, ó misterio, que se celebra con mucha solemnidad. Estos ocho dias no son sino una continuacion de la misma fiesta, segun el lenguaje de la Iglesia, la misma celebracion, la misma misa, el mismo oficio; y como este último dia es como el sello y la cerradura de toda la

fiesta, por eso es casi tan solemne como el primero. Esta religiosa ceremonia la ha tomado la nueva ley de la antigua. El primer dia, dijo Dios á Moisés, hablando de las fiestas que se debian celebrar, será muy célebre y muy santo: no haréis en él obra alguna servil: *Dies primus vocabitur celeberrimus, atque sanctissimus; omne opus servile non facietis in eo* (1). Ofreceréis holocausto al Señor en estos siete dias. El octavo será muy célebre y muy santo, y ofreceréis un holocausto al Señor, porque es un dia de asamblea, y no haréis en él obra alguna servil: *Dies quoque octavus erit celeberrimus...* La Iglesia dispensa en este dia octavo por lo que mira á la cesacion del trabajo, mas no por lo que toca á la oracion y á la devocion: aunque la celebracion sea menor, no lo debe ser la devocion interior; y como el dia de la octava es la consumacion de la fiesta, desea la Iglesia que este último dia reuna, por decirlo así, y perfeccione todas las gracias que se hubieren recibido en los ocho dias. Así el rey Salomon, cuando hizo la dedicacion del templo, no despidió al pueblo hasta el dia octavo: *In die octava dimisit populos.*

El Hijo de Dios autorizó esta especie de solemnidades viniendo todos los años á Jerusalem á celebrar por ocho dias la fiesta de la Purificacion del Templo y la de su renovacion (2); como tambien á la que se llama de los tabernáculos ó tiendas (3), á la que no vino una vez hasta la mitad de la octava; y el último dia de la octava, que era el mas solemne, fué cuando Jesucristo dijo en alta voz que si alguno tenia sed acudiese á él, y bebiese; como si hubiese querido darnos á conocer cuán pronto está á derramar sobre nosotros los tesoros de sus gracias en el último dia de la fiesta, y cuán ventajoso puede ser el dia de la octava para los

(1) Levit. 25. — (2) Joan. 10. — (3) Joan. 7.